Con mi Periscopio

¡OJO! ¡OJO!

Bombos y Palos

Se vende en Colón en los siguientes sitios:

LIBRERIA BERGUIDO

Avenida Bolivar entre Calles 6a. y 7a.; Kiosko del Parque, y Agencia en la Ave. Bolívar, entre Calles 4a. y 5a.

POR LA LUTECIA TEOLOGAL

***

El compañero de viaje Rafael Ospina Pérez, como dije antes, se despidió tomando la dirección de su familia, residente en Rue Pergolesse y no lo he vuelto a ver más. Restrepo también se quedó en París, por algunos días antes de partir a España. Durante mis breves días en esta ciudad luminosa, repartí mi tiempo entre mis paseos, las visitas a los compatriotas, y honestas distracciones que me procuraba en las veladas de los cafés y en el Metro. Jamás me cansaré de admirar el soberbio Arco de la Estrella, al que subí una mañana para divisar el grandioso espectáculo de París y sus alrrededores. Ascendí la larga escalera, por la que subían algunas personas que juzgué eran turistas y llegué a la parte superior, no sin sentir el cansancio de la jornada.

Desde allí se puede admirar en toda su belleza, la soberbia Avenida de los Campos Elíseos, una de las más elegantes del mundo, con sus hileras de árboles coposos q' se pierden a los lejos,—la Avenida Friedland tapizada por la verde esmeralda y el turquí de las nubes que le sirven de fondo,—las Avenidas Hoche, Wagram y Mac Mahon, como prolongaciones de un paraíso fantástico en el q' juegan todos los colores, y las del Grand Armeé, y del Bosque de Bolonia, amplias en la primorosa geometría de sus arboledas, de sus edificios, de sus torres entre las que se copia en el fondo la de Eiffel majestuosa como un encaje de acero. Por largo rato quedé extasiado ,teniendo a París, la ciudad frívola y teológica a mis pies.

No me cansaba de ese espectáculo tan maravilloso. París omo una gran araña, extendiendo sus tentáculos poliformes.-París como una estrella fascinadora extendía sus puntas imantadas y por ellas hervía una muchedumbre abigarrada, un laberinto de tranvías, autobuses, taxis, transeuntes, ciclistas, berlinas carruajes lujosos, carros de transportes, carretas y jinetes. La visión de París es desde la altura del Arco, fantástica, cautivadora. Un viejo inválido de la guerra, con aspecto de seminarista, al juzgar por su cuello alto de empleado curial me sirvió de cicerone, en la descripción del paisaje.

París volvía a su normalidad después de la guerra. La vida seguía su curso de antes. Se olvidaban los días tristes de 1914-1918, el sitio por los cañones de largo alcance, la aproximación de los Alemanes, para pensar en las frivolidades de la moda, en el placer, en el comercio, en la Bolsa y en las carreras de caballos.

Bajo las arcadas del sólido nonumento napoleónico está a Tumba del Soldado Desconocido, con una placa simbólica y un pebetero de bronce, que despide una llama azulina. Día y noche arde esta antorcha como un fuego de vestales, y la flámula entre las coronas de flores naturales, que diariamente coloca allí el espíritu patriótico de Francia, nos dá el aspecto de una campánula que brotara de aquella cubierta metálica labrada por exquisitos orfebres. Es imponente este lugar convertido en altar de la Gloria y donde yace un símbolo: El héroe anónimo, representación del soldado francés que peleó por la causa de la Humanidad. Cuántas veces he pasado bajo la sombra del Arco, he experimentado una impresión extraña, una unción cuasi mística, igual a la que se experimenta en los viejos sarcófagos escondidos en la penumbra de las criptas. Con suprema curiosidad leí varias veces las inscripciones interiores de las paredes del monumento.

Allí aparecen los nombres de los Mariscales de Bonaparte, de sus generales:—Turena, Hoche, Bernadotte, Mac Mahon, Kleber y uno muy singular que llama la atención y que todos los latino-americanos a su paso por esa obra de arte buscan con atención —el de Miranda.—Es raro q' haya un momento siquiera que el Arco pemanezca desierto. Siempre hay en actitud de plegaria y recogimiento algún ciudadano, algún gendarme, alguna viuda que ha buscado el conjuro de la Eternidad sobre ese catafalco. Hasta en las horas de la noche he visto alguien de centinela, como atraído por la evocación de las glorias de Francia, hundidas en los pliegues arquitectónicos del monumento, y en la Tumba del Soldado Desconocido. Muchas veces a la hora del crepúsculo y en compañía de Aristides Royo, he paseado mis melancolías por las circunvalaciones del Arco, que a medida que se avanza, se yergue majestuosamente como un gigante de piedra y que al alejarse, vá dejando una ojiva de penumbra como recortada en el fondo de las nubes.

Entre lo que pudiera contar además, de París estan la visita al Trocadero y a la Torre Eiffel, enorme joya de ingeniería de 300 metros de altura,—a los Inválidos, donde he visto trofeos auténticos de la Guerra y en exhibición el vagón de ferrocarril donde se firmó el Armisticio el 11 de Noviembre de 1918, —a Notre Dame envuelta en el sudario de sus prestigios seculares,—a la Magdalena, a la Santa Capilla, al Cementerio del Padre Lachaise —donde duermen dos amantes Abelardo y Eloísa,—a la Iglesia de San Germán del Sagrado Corazón,—a la Opera magnífico triunfo arquitectónico,-a los Palacios de las Tullerías, el Louvre, el hotel de Ville,—al Luxemburgo, al grande y pequeño Trianon, a la Bolsa, a la Plaza de la

(Pasa a la 16)

© BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.